Cuarentena

Gaston Federella

Capítulo 1

1

Previo a comenzar con la historia, me gustaría contextualizar el momento en el cual transcurre. Fines de Junio, ya más de dos meses de cuarentena y con un pronóstico muy poco alentador. La pandemia en su plenitud arrasa con toda esperanza de ver a los amigos, a los familiares y todas esas personas de afecto que en el pasado cercano nos acompañaban en el día a día.

Por mi parte, viviendo con mi abuelo, paciente de riesgo, poco podía arriesgarme y tan solo me quedaba aprender a tener paciencia y una mejor convivencia. Ya se estaba volviendo difícil, ya me estaba sintiendo muy solo, sin apoyo y compañía. Más allá del afecto recibido por mi familia, sentía que no era suficiente, que no era el que yo buscaba, no era la solución. En vez de agradecer y estar contento por lo recibido, salimos en busca del afecto que aún no llego, de la expectativa de esa persona ideal en nuestra mente, de aquella persona que nos haga sentir especiales. Ese es el afecto que mi mente y mi cuerpo necesitaba.

Entre todo ese quilombo mental aparece una persona, la cual en aquel momento poca importancia tenia, ya que no la conocía y tan solo podía juzgarla por un par de fotos de una red social. Palabra que va, palabra que viene. Esa primera semana en la que hablas con alguien, en la que no esperas nada de la otra persona ni ella nada de vos. Esa primera semana en la que tenes la guardia alta, en la que te aseguras que esa persona es real, en la que verificas si tenes amigos en común y comienzas a entablar los primeros diálogos largos.

Luego esos diálogos largos se convierten en grandes conversaciones, en fotos de nuestras mascotas, de nosotros, de nuestras casas. Se convierten en bromas sobre planes futuros, sobre casamientos y viajes. Se convierte en todo aquello que nos hacía reír, divertir y pasar el rato a distancia.

Llego un momento, sin darnos cuenta, en el cual la confianza empieza a florecer, en el cual ya no tenemos la guardia tan alta y confiamos en que quien nos responde los mensajes existe y no miente. Es donde se vuelve interesante, ya pasa de ser una persona desconocida hablando tras un celular, a ser una persona que, tras un par de semanas, uno ya cree conocer hace años. Aquí, es el primer momento de inflexión. Uno puede aferrarse a eso y potenciarlo, o desestimarlo y dejar pasar ese grato momento.

En este caso nos aferramos, contribuyendo con nuestros impulsos decidimos hacer una video llamada, vernos cara a cara, a pesar de estar frente a una computadora, pero dejando de ser tan solo unos dedos

marcando teclas en el celular. El nerviosismo, la ansiedad y el temor de ver por primera vez a esa persona que tanto te imaginaste en tu cabeza; te pueden jugar una mala pasada, pero no fue así. Esa primer video llamada que duro horas, varias horas, fue increíble. Recuerdo hablar de cualquier cosa, pero sin parar. Mirarnos y sonreír, sentir tras mucho tiempo de soledad, una compañía.

Luego existieron algunos inconvenientes, yo de carácter muy intenso y ansioso, proponiendo constantemente planes para volver a sentir aquello que tan bien me había hecho. Por otro lado, ella de carácter más tranquilo, con una carga de la cual todavía no se podía liberar, sintiéndose apabullada por tanta intensidad. Más de una semana en la cual creí que se había desvanecido la energía que tanto había disfrutado.

Recuerdo el sentimiento de angustia, de propia frustración debido a que no había podido manejar mis emociones y me había sobrepasado. Recuerdo esos días en los que decidí cambiar, en los que me planteé si hacia las cosas bien o las hacia mal. En los que me pregunte si volvería a hablar, si todo volvería a ser igual. Ya me quedaba sin animo, sin esperanza y sin respuestas.

2

Pero no fue así, dos días antes de mi cumpleaños un mensaje de ella me alegro, me volvió a despertar. La propuesta de otra video llamada me hizo sonreír como hace mucho no lo hacía. Era volver a verla, volver a tener otra oportunidad para esta vez, hacer las cosas bien dándole su espacio.

Llegó mi cumpleaños y con él, uno de los mejores regalos, verla. Primero la alegría de ver a mis mejores amigos a través de Skype, para luego verla a ella y olvidarme de la soledad y la pandemia otra vez. Fueron horas, ya ni recuerdo cuando me fui a dormir, pero si como, feliz.

En este momento ya sabía que valía la pena el esfuerzo, la paciencia y la espera. El tiempo destinado daba sus frutos y mi ánimo mejoraba día a día. Ya no me sentía solo, ni angustiado ni encerrado. Me sentía bien, muy bien.

Es aquí donde luego de una tercer video llamada, decidimos vernos. Volviendo al contexto en el cual hay una pandemia, así como también en el cual yo convivo con una persona mayor, me daba miedo y hasta me sentía egoísta. Por primera vez en mucho tiempo estaba poniendo mi interés personal por encima del de otra persona. No lo justifico ni digo que haya sido lo correcto, pero así sucedió. La sensación de que ya nada importe, de que toda acción era válida tan solo si podía conocer a quien

tanto deseaba.

Uno se plantea esto un tiempo después, y se da cuenta que son actos riesgosos, actos repentinos completamente ilógicos e impulsivos. Pero a la vez, uno se da cuenta de la hermosa sensación que sentís al realizarlo, lo afortunado que uno es en sentir eso en tiempos en los cuales poco se siente; o, mejor dicho, tiempos en los cuales mucho se siente, pero hay pocos sentimientos positivos por rescatar.

Al no conocernos en persona, y con una cuarentena de por medio, decidimos que lo mejor sería ir a caminar por un parque, para que el riesgo sea mínimo y podamos vernos. Así llego el viernes, mis manos temblaban, mi cuerpo transpiraba. Al fin la iba a ver, era en lo único que pensaba. Y partí, luego del almuerzo, agarré el auto y fui. Recuerdo que el primer encuentro no fue el ideal, fue más bien gracioso y anecdótico. Le pedí que me haga compañía mientras buscaba lugar para estacionar, y ella acepto.

Uno se imagina a las personas a través de fotos, pero cuando realmente las ves, todo cambia. Yo la vi y me gusto. Con barbijo y toda abrigada, si algo hizo fue encantarme aún más. Vivimos en un mundo lleno de expectativas, como así también de mentiras. Las nuevas generaciones se engañan constantemente en las redes sociales, se muestran como les gustaría ser, pero no como realmente son. Ella era autentica, lo que reflejaba a través de un celular, lo irradiaba aún más en persona.

Estacionamos y fuimos al parque. Al principio ni siquiera nos tocábamos, el temor del virus estaba muy presente. Luego nos fuimos relajando, fuimos interaccionando y hablando. Nos fuimos acercando. Esa tarde en el parque se detuvo el tiempo, para mí todo iba más despacio y un estado de calma y paz me invadió. Esa sensación de tranquilidad y armonía, mezclada con felicidad es única, y en tiempos como los actuales, muy escaza. No suelo recordar todo con lujo de detalle, pero si este primer encuentro. Recuerdo la gente que nos rodeaba en el parque, el color de pelo tan particular de una chica que caminaba, los perros jugando enfrente nuestro, el gusto de las gomitas que comíamos, como así también la sensación del sol en mi cara.

Cuando empezó a refrescar, decidimos seguir hablando un rato dentro del auto, ninguno quería despedirse, ninguno quería dejar pasar el lindo momento compartido. Y se dio, nos dimos los primeros besos, esos en los cuales te das cuenta si esa persona te gusta o no, esos besos que pueden potenciar los sentimientos como así también rebajarlos a cenizas. Y yo creo que nos potencio, o al menos nuestras caras lo demostraron. Ese día me empecé a dar cuenta que verdaderamente algo sentía, aunque todavía no lo sabía con certeza.

Yo estaba seguro de una sola cosa, esa chica era especial, y cuando uno cree tener algo especial, hace lo posible para no dejarlo ir, o eso pensaba. La ansiedad de contarle la noticia a mis amigos era inmensa, por fin después de mucho tiempo sentía que tenía algo especial por lo que luchar, algo especial que cuidar y mantener junto a mí.

3

Fue tan gratificante el primer encuentro, que rápidamente nos volvimos a ver. Dos días más tarde, volvimos a ir al parque, y nuevamente la sensación de paz inundo mi cuerpo. Me preguntó si estaba bien, porque me notaba raro, a lo que yo le respondí "Estoy mejor que nunca, en paz". Y no mentía, nunca mentí. Lo que parecían ser argumentos sin contenido, eran verdaderamente mis pensamientos siendo de lo más sinceros.

Ese día a pesar de todo, me anime, le agarre la mano y fue increíble. Leyendo esto, parecería una boludes, pero en su momento no lo fue, y juro que volvería a hacerlo mil veces más. La sociedad te impone reglas y costumbres, y yo creo que están para romperlas. No me gusta hacer lo que hacen todos, me gusta seguir mis impulsos y mis instintos. Y eso hice, y a pesar de conocerla hace un mes, ahí estábamos nosotros, caminando de la mano como si fuéramos una pareja de años. ¿Gracioso verdad? Pero cierto, muy cierto. Al igual que con el primer encuentro, aún recuerdo la sensación de su mano con la mía, ambas frías por la baja temperatura, pero a la vez compartiendo el poco calor que había.

Al igual que la vez anterior, no paso a mayores y luego de conversar un rato en el auto, nos volvimos a despedir. Esos dos encuentros y esas dos vivencias quedan en mi para siempre. Me encantaría volver el tiempo atrás, volver a esos días y hacerlos eternos. Que ni el frio, ni la noche, ni nada nos detengan. Que esos días sean infinitos.

Lo que no pasó en los encuentros anteriores, pasa el siguiente miércoles, cuando luego de planificación y organización, la paso a buscar para que venga a mi casa. Ya sabía que iba a pasar, pero estaba nervioso como cuando tenía 15 años e iba a conocer una chica nueva. Me sentía un adolescente en su plenitud, un niño yendo a por una nueva aventura. Uno cuando es chico quiere ser grande, quiere hacer las actividades de un adulto y sentirse como tal. Lo que olvidamos es que no hay nada más grandioso que ser chico, y lo que no terminamos de disfrutar en esos años de juventud, los queremos disfrutar el doble cuando ya nos damos cuenta que el reloj no frena y tenemos que actuar.

Llegamos a mi casa, y luego de que salude a mi abuelo, fuimos a mi cuarto. Inolvidable, hermoso, excitante; palabras puedo poner un millón, pero hace mucho no me sentía como me sentí esa tarde. Sentí una

conexión, una confianza, algo que debo admitir, pocas veces había sentido en mi vida. Y si algo podía darle el toque maestro, fue sentirla dormir abrazada a mí, como si la pudiera contener, cuidar y consolar. Como si dos cuerpos pasaran a ser uno. Muy pocas veces, te depositan la confianza que ella había depositado en mí, y yo en ese particular instante, la valore más que nunca. El ser humano vive en constante interacción y contacto con otros humanos, pero hay sensaciones que son especiales y uno las percibe. Esta fue una de esas, única y espectacular.

Lamentablemente a las pocas horas se fue a su casa, y tengo que decir con la máxima tristeza, que no la volví a ver. De haber sabido que era la última vez, de saber que no volvería a darle un beso, un abrazo, un cariño... De haber sabido todo eso, no sé sinceramente si hubiera cambiado algo de lo que ya hice, pero daría más. Le tendría que haber demostrado con mayor énfasis, le tendría que haber hecho saber lo que vale, de lo que es capaz y lo que merece. Y en el caso que lo haya hecho, de todas formas, siento que fracase, que no logre mostrarle las oportunidades nuevas que nos da el mundo, las oportunidades de salir de esa zona de "confort" que tanto nos retiene, y de explorar y disfrutar nuevas vivencias.

Si el tiempo pudiera moldearse a merced de los gustos de uno, no estaría escribiendo esto, pero como bien todos sabemos, el tiempo transcurre, las cosas pasan y ya no se pueden recuperar.

4

Luego de haber contado la historia de cómo la conocí y lo que experimente con ella, aunque parezca que fue breve, que solo "la vi tres veces" y cualquier otro pensamiento sumamente lógico que se le venga a la cabeza al lector, la realidad es que no hay una regla ni un número fijo, tan solo personas con sentimientos, los cuales pueden activarse sin que nos demos cuenta.

La sociedad nos impone estándares, nos crían y nos moldean en base a lo que mucha gente piensa, pero no por ser la mayoría, tiene que ser lo correcto o lo ideal. Cada persona es un universo, y los sentimientos son parte de eso, por ende, no se pueden estandarizar, no se pueden estructurar en consignas; tan solo se los puede dejar fluir y aceptar.

Escribo todo esto porque necesito desahogarme, sacarme mi propia mochila de sentimientos y pensamientos que tanto me está lastimando. Yo pensaba que era quien estaba intentando ayudar, intentando guiar, intentando acompañar en un proceso de superación, pero no me podía mentir más a mí mismo. Yo creía que necesitaba ser su salvador, quien le saque pensamientos dañinos y le incorpore pensamientos saludables. Que

sea quien le saque una sonrisa a la mañana y una antes de dormir. Pero me equivocaba y mucho.

Era ella quien me ayudaba a mí, quien me acompañaba y me guiaba. Era ella quien me hacía más fáciles los días encerrado, que me sacaba una sonrisa y me hacía feliz. Era ella quien me escuchaba, me aconsejaba y me aguantaba. Siempre fue ella. Y ahora con lágrimas en los ojos y los mejores recuerdos del último mes y medio, tengo que despedirme de eso. ¿Cómo lo hago? ¿Acaso hay soluciones mágicas para este dolor?

Entonces luego de estas palabras, ¿me puedo seguir mintiendo y diciéndome a mí mismo que era una chica que tan solo me gustaba y la pasaba bien? Ya no, no puedo engañarme con pensamientos que no son certeros y creo que es momento de sincerarme a mí mismo para poder superarlo. ¿Y qué era?

Intentando desenredar mis pensamientos en internet, encontré este párrafo que me hizo ver las cosas como realmente son:

"Cuando nos enamoramos, hasta nuestra química cerebral cambia y realmente es como si en esos momentos nos encontráramos siendo y actuando como si fuéramos otra persona. Una persona enamorada es capaz de hacer casi cualquier tipo de locuras por la persona amada sin pensar incluso en las posibles consecuencias, idealizamos demasiado a esa persona llegando a pensar que es perfecta, nos encanta su compañía y sentimos las famosas "mariposas en el estómago" con solo verla. Esto provoca que el separarnos de ella nos cause tanto dolor y frustración."

Uno lee eso y dice, "Este pibe se enamoró en un mes y medio, que carajo le pasa", puedo asegurar que yo tampoco lo sabía. Pensaba que era culpa de la cuarentena, de la poca vida social consecuencia del virus, y demás excusas que me ponía en la cabeza día a día. Pensaba que la extrañaba y la quería ver porque estaba aburrido, porque no podía ver a mis amigos. Creía que querer estar a su lado, era tan solo producto de la soledad.

Pero si me pongo detallista y leo parte por parte el párrafo citado, me doy cuenta de la verdad. De lo que mi cerebro ocultaba por temor a salir lastimado, de la realidad de que me estaba enamorando. Aquí explicare frase por frase los motivos:

- "Una persona enamorada es capaz de hacer casi cualquier tipo de locuras por la persona amada sin pensar incluso en las posibles consecuencias...": Vi a una persona en plena pandemia sabiendo el riesgo en el cual incurría, y no me importo, solo pensaba en tenerla al lado un rato.
- "idealizamos demasiado a esa persona llegando a pensar que es perfecta…": Y lo sigo pensando, creo fervientemente que merece más de lo que recibe.
- "nos encanta su compañía y sentimos las famosas "mariposas en el estómago" con solo verla…": Lo sentí desde la primera vez que la vi, y esa sensación me drogo y me

cegó a ver la realidad.

Ella me daba seguridad, confianza, me hacía sentir bien conmigo mismo. Como no seguir queriendo tener eso en mi vida, como evitar caer en la tristeza de perder aquello que me hacía tan bien. No encuentro respuestas lógicas a dejar ir tan lindas sensaciones, a no luchar por mas, a rendirme tan fácilmente.

Por ende, sí, me estaba enamorando, mejor dicho, lo sigo estando. Los sentimientos no se van de un día para el otro, y aunque me duela no me gustaría que se vayan. Uno puede pensar, "este pibe se enamora al mes y medio de conocer a una chica", y le respondería "no me conoces en absoluto".

Me había enamorado una sola vez en mi vida, y fue hace cinco años. Paso mucho tiempo en el cual sentía atracción o interés por una persona, pero que se desvanecía al rato. Años sin sentir algo especial, sin sentirme conectado con alguien, sin sentir un alma gemela o una compañera.

El temor de conocer a alguien nuevo y perder el interés al mes, me estaba jugando una mala pasada en cada nueva oportunidad que se me presentaba. Ya estaba prácticamente resignado hasta que la conocí. Y aunque ella no me creía, yo le afirmaba "no me voy a ir", "no te quiero dejar porque verdaderamente me gustas". Y eran todas verdades que en su momento no lo parecían.

5

No me arrepiento de lo que hice ni de lo que fui, di todo, intenté ser la mejor versión de mí, sacarle sonrisas todos los días, hacerla sentir valiosa y querida.

Yo la quiero pelear, yo quiero estar, yo le quiero mostrar de lo que soy capaz y quiero tener esa oportunidad. Lamentablemente no depende mí, yo no manejo el destino y mucho menos los sentimientos ajenos. Yo sé que perdí sin siquiera jugar el partido, que empecé la carrera con dos ruedas menos, pero no me importó. Estaba decidido a intentarlo, y hoy, con una terrible angustia y tristeza, tengo que asumir la derrota.

Pero asumo la derrota por ella, porque estar en el medio le haría mal. Porque quiero que sea feliz a su manera y con quien ella lo crea. Si te enamoras de una persona, le tenes que desear lo mejor, no ser egoísta. Hoy estoy triste, pero mañana si la veo sonriendo estaré mejor. Nunca cierro las puertas que merecen seguir abiertas, yo no me voy a ir corriendo porque cumplo mi palabra de seguir estando. Aunque sea a la distancia, sin hablar, sin vernos, yo sigo acá. Las únicas respuestas las da el tiempo, es por eso que, con mucho dolor, sé que tendré que esperar,

pero creo que por algo nos conocimos y que nos volveremos a conocer.

Nada es casualidad, todo pasa por una razón. A veces solo dejan enseñanzas, otras veces también dolor. La suerte puede tener un papel fundamental en la vida, pero no siempre es la solución. Muchas veces para lograr los objetivos, hay que pelearla y muchas veces esa pelea se pierde. Lo fácil no lo valoramos, sino que lo conseguido con esfuerzo y sacrificio es lo que en definitiva ponemos en la vitrina. Es aquello que nos enorgullece, es aquello que difamamos como logro obtenido.

Hoy desde una mirada de tristeza y angustia, puedo decir que debo superarla, que debo avanzar y debo pensar en mí. ¿Qué seria superarla? Superar por definición es "Vencer un obstáculo o dificultad". Y acá me detengo a pensar y analizar:

- ¿Acaso ella es un obstáculo?, la realidad es que no, yo creo que es todo lo contrario. Yo creo que me hacía ser mejor persona y dar lo mejor de mí.
- ¿Acaso ella es una dificultad?, creo que tampoco. La dificultad serían los factores externos o aquellos sentimientos que no podemos terminar de procesar y nos mantienen estancados.

Por ende, no creo que deba "superarla", ni tampoco olvidarla. Sinceramente no sé qué debería hacer, no tengo las respuestas como dudo que alguien si las posea. Sé que día a día me lastimo a mí mismo con esperanzas poco probables, con fantasías mentales de lo que podría ser y no es. Sé que mientras escribo esto, ella no siente lo mismo, ella decidió continuar por otros caminos y no siento rencor por ello. Pero poseo un sentimiento que no puedo describir, que no puedo expresar con pocas palabras.

Siento que yo puedo darle más, que yo puedo ser lo que ella necesita, que puedo en definitiva hacerla feliz. Claramente es un sentimiento egoísta, estoy sintiendo en base a mis propios pensamientos y no en base a los de ella. Mi deseo de no perderla me deja ciego, no me deja ver las cosas como debería verlas. Debería aceptar que tiene otra forma de ser y que sus propias vivencias y su propio pasado, la hace accionar de una forma diferente a la que yo deseaba, o a la que yo pretendía.

Pero me cuesta, no puedo dejar pasar esos momentos en los que la hacía reír, que la veía realmente disfrutar. No puedo negarme a intentar darle eso otra vez, no puedo darme por vencido en un proceso en el cual hay más probabilidad de fracaso que de éxito, pero que ese éxito vale cada minuto dedicado.

Ya no hay buenos días, tan solo son días. Solo mañanas, tardes y noches; vacías, sin un sentido. Intento convencerme que ya paso, que es lo mejor para los dos, que no me merece. Pero tan solo son mentiras que me repito en mi mente para intentar estar mejor, para intentar sobrepasar tiempos brumosos, sin horizonte y sin destino. Sigo sintiendo que le hago

bien, que tengo que seguir estando, que me tengo que seguir nutriendo de esa tan buena persona. Siento que si no doy marcha atrás, que si sigo mi camino por temor a salir más lastimado de lo que ya estoy, solo estaría siendo un cobarde y no estaría persiguiendo lo que más deseo, una oportunidad.

La extraño y la quiero recuperar. Quiero volver a sonreír cuando agarro el celular, quiero volver a sentir esa sensación cuando la veo, quiero seguir. Por eso, decido tener paciencia, esperar, aguantar el dolor y el sentimiento de pérdida, pero no darme por vencido. No la quiero perder, y sé que será un camino largo, complejo y doloroso; pero quedarme con la sensación de no intentarlo, creo que me haría aun peor.

A su vez, es un tema delicado, porque uno debe pensar en el otro y respetar sus decisiones. Si me meto en un camino que no fue construido para que lo transite, puedo generar un accidente, puedo no sólo hacerme daño a mí mismo. Hacerla sufrir a ella, es algo que no me puedo permitir. ¿Y qué hacer?

6

A lo largo de la vida hay variables que podemos controlar y muchas otras que no. Constantemente estamos en búsqueda del control de aquellas cosas que no podemos manejar, pero insistimos. ¿Por qué hacemos eso? Realizando un camino hacia mi interior me di cuenta que es más fácil culpar al destino o a una persona, por todo aquello que sale mal y nos lastima. Pero la realidad es que hacemos eso porque no queremos enfocarnos en lo que deberíamos. No queremos aceptar que el camino empieza en nosotros, en las variables que si podemos controlar pero que somos lo suficientemente cobardes como para intentar hacerlo.

Eso me paso a mí, y eso es lo que tengo que cambiar. A mí nadie me ilusiono, yo me ilusione solo. A mí nadie me prometió un futuro, yo me lo imagine. Nadie me engaño, yo me engañaba día a día. Entonces es hora de dejar la tristeza y angustia por lo que pensé que pasaría y no paso, por lo que deseaba y no se dio.

Yo la quiero recuperar, de eso estoy seguro. ¿Pero cómo puedo pretender recuperar a alguien si no me puedo ni recuperar yo mismo? Es más fácil tener esperanza en que la otra persona va a venir a buscarme, en que todo se va a solucionar milagrosamente; que enfocarme en mis defectos y en mis problemas. Yo mismo me lastimo, yo mismo me hago daño todos los días con pensamientos erróneos. Yo me hago películas mentales sabiendo de ante mano que nadie va a dirigirla. El cambio tiene que

empezar por mí, no por ella.

Es probable que las cosas no se den como me gustaría, es probable que no la pueda recuperar, que la pierda de mi vida. Claramente es probable, pero es un variable más allá de mi control, es algo en lo cual no debería pensar porque no lo decido yo. Debido a eso, debo enfocarme en estar lo suficientemente bien conmigo mismo como para que esa situación no me siga lastimando. Eso es lo difícil, asumir que no manejamos el destino, sino que solo manejamos nuestra vida. Sentir confianza en uno mismo y subirse la autoestima.

Somos lo que reflejamos. Somos un espejo en constante movimiento. Si nos sentimos inferiores, como podemos pretender que la otra persona nos considere a la altura. Si no nos queremos nosotros mismos, como pretender que nos quieran. El cambio empieza en uno, demostrando seguridad, confianza y paz interior. Ser conscientes de lo que podemos controlar y lo que no, mostrarnos al mundo tal cual somos, y dejar que sigan en nuestra vida quienes quieren nutrirse de nuestro ser y acompañarnos en el camino.

Mi tarea es pensar en mí. Parece un comentario egoísta, pero está muy lejos de serlo. Si yo no estoy bien, no puedo ser mi mejor versión con los demás. No solo me estaría fallando a mí mismo como persona, sino que también le estaría fallando a todos mis afectos. Es por eso que lejos de rendirme, lejos de ser un cobarde con temor al dolor sentimental, a partir de hoy voy a empezar por el camino difícil, por el camino interior, el más largo y complejo, pero aquel que da los mejores frutos.

Con el único deseo de ser feliz, así como también con el deseo de que todos sean felices, espero que mi historia y mis planteos, sirvan de ayuda para todo aquel que transita situaciones similares, o que las transito y no puede olvidarlas.

Fin.